

SRES. REDACTORES DE LOS HIJOS DE EVA.

Mis buenos amigos: cada prógimo tiene sus achaques, y yo tengo el no pequeño de estar condenado á andar errante, viajando, por dentro y fuera de la Península, de un punto á otro, sin poder fijar mi residencia en ninguno, y por consecuencia sin casa ni hogar, ni modo de vivir conocido, á manera de cómico de la legua, pero con la diferencia que este tiene un oficio y yo no tengo ninguno. Esta circunstancia hace que mi condicion sea mucho peor que la de todos los que toman aires por fuerza; pues ademas de los perjuicios, incomodidades y disgustos que proporcionan siempre los viajes, todo el mundo está autorizado para poderme llamar *vago*, y lo mas penoso todavía que estoy espuesto á que como á tal se me aplique la ley. Vean VV. ahora si me faltan razones para aceptar con gusto la invitacion que me han hecho de que sea colaborador de su periódico. Por de pronto, sin mas que escribir en él algun articulejo, pertenezco ya á la república de las letras, me darán al instante, con justicia ó sin ella—que esto es lo que menos importa en los malditos tiempos que alcanzamos,—el título de *literato*, de escritor público, de científico y hasta de hombre de Estado; ejerceré una profesion distinguida y honrosa que me pondrá á cubierto de los rudos golpes de esa tremenda ley que es mi pesadilla, porque al fin y al cabo en adelante no tendré que temer que mi pobre humanidad sea enjaulada en una *tartanica*, como dicen en este pais, cuyo movimiento no me agrada demasiado, ó en una carreta que es peor, ó montada en un caballo de palo y conducida por esos mundos de Dios á tomar *vientos legales*, que por lo demasiado fuertes suelen entorpecer la respiracion, enardecer la sangre y dañar el pulmon. Pues bien; ademas de las razones espuestas, que son otros tantos motivos que justifican mi resolucion, confieso francamente que la de *aparecer en letras de molde* en la escena periodistica es la que principalmente ha decidido mi voluntad. Estoy tan contento, mis caros amigos, que no sé lo que me pasa: no sin razon se dice que los demasiados goces matan como los pesares; yo de mi sé decir que hace algunas noches que me ahoga la alegria y no me deja dormir; como que estoy temiendo que llegue á secárseme el cerebro como al héroe manchego. ¿Será posible, me digo á cada momento, será posible que mi nombre resuene en todos los ámbitos de la tierra? Bien dicen que no hay felicidad completa en este mundo: al llegar aqui permitidme que eesale un ¡ay! lastimero contra mi desgraciada estrella, porque ignoro quienes son mis padres, y no tengo nombre ni apellido. Al recibir ahora el bautismo periodístico, es indispensable tomar uno: el de *vagabundo* con que hasta ahora era conocido, ya no me cuadra bien, y creo que si los nombres sirven para definir lo que son las cosas, debo ponerme y de hecho me bautizo con el de *El Viagero Errante*.

Aquí debería, con las fórmulas de costumbre, concluir esta carta que va haciéndose mas larga que lo que me habia propuesto; pero aun me falta responder á una pregunta que VV. y el público me harán naturalmente, á saber: cual es el programa del papel que voy á representar; y yo que me precio de urbano y bien educado quiero tener el gusto de satisfacer esta curiosidad.

Yo, que soy de aquellos que dicen *ó algo ó nada*, trabajaré en la seccion científica, la cual no abandonaré hasta que recobre mejor humor que el que hoy

tengo, en cuyo caso entretendré á los lectores y lectoras, sobre todo (se me olvidaba *amables*, y perdónenme VV. el olvido), porque no es justo que renuncie á una carrera en donde se han conseguido tan gloriosos timbres para con las bellas.

Principio con el adjunto artículo, por el *Santa Santorum* de las ciencias, que es la *POLITICA*, pero ecsaminando todas las cuestiones en la region de las teorías, sin concretarme á la de nuestro pais, ni menos á su gobierno. Al elevarme á las altas consideraciones á que se prestan ciertas materias, procuraré no remontarme demasiado, no me suceda lo que al prógimo de la fábula, que derritiéndosele las alas cayó en tierra cuando estaba mas alto.

Concluyo, pues, amigos mios, con manifestarles que reciban VV. la espresion mas sincera de la consideracion y afecto que les profesa su amigo S. S. Q. B. S. M.

El Viagero Errante.

POLITICA.

Grandes son los errores que los hombres han cometido en los diferentes ramos del saber; pero en donde han sido mas graves y trascendentales, en donde mayores males han causado, ha sido en la *politica*. Sugeta esta, como cualquiera otra ciencia, al dominio de la moda, se han visto suceder en ciertas y determinadas épocas sistemas diferentes, no con la inconstancia y veleidad que aquella recorre los caprichos é invenciones que frecuentemente está creando la imaginacion, sino con cierta regularidad y en armonía siempre con las leyes eternas é invariables que rigen el mundo moral. Las convulsiones políticas que suelen producir esos sacudimientos que trastornan todas las instituciones humanas, y no pocas veces conmueven la sociedad entera, no son hijas de la casualidad, no; son cambios naturales, necesarios, que no está en la mano de ningun hombre político, por experimentado que sea, el poderlas evitar en ciertas y determinadas circunstancias. Modificadas las ideas, estas vienen á cambiar la opinion de los pueblos, é insensiblemente se vé que varia su fisonomía: nada basta á contener el torrente de aquellas, y por necesidad arrastran tras de sí todo cuanto se opone á su impulso, dejándose sentir luego aquel espiritu de innovacion que dá diferentes tendencias á la opinion pública, y otro nuevo carácter á todo lo ecsistente. Pero por lo mismo que esto es cierto, importa mucho no dejarse arrastrar de nombres vanos, de alhagüenas ilusiones, de deslumbradoras teorías: sin negar nunca al entendimiento humano lo que ha sabido conquistar, cuando sus progresos están regularizados por la prudencia y el buen criterio, no debe tampoco concedérsele al instante en la práctica cuanto aparezca en la region de las teorías, sino despues de un concienzudo y maduro ecsámen; porque las ecsigencias, al paso que nos conducirían á la mas triste realidad, no podrian jamas avenirse con aquella estabilidad racional que caracteriza á todas las instituciones sociales, si han de ser ecsaminadas algun dia y sugetas á los ensayos de la esperiencia. No pocas veces han incurrido en este extremo los políticos, fulminando un general anatema contra todo lo antiguo; y—sin detenerse á ecsaminarlo para librar de la destruccion aquello que puede utilizarse—se han negado á toda transaccion; y enemigos irreconciliables de todo cuanto ecsistia, se han declarado ciegos partidarios de la novedad. Por el contrario, otros, mirando como peligrosa la menor variacion, consideran las reformas como precursoras de los trastornos; veneran hasta con idolatría todas las instituciones que una tradicion en-

vegecida ha conservado y defendido de la mas pequeña alteracion; y sin conocer que sus hábitos, sus preocupaciones y sus intereses privados no les dejan ver los vicios que aquellos tienen, proclaman el principio de que las sociedades solo pueden salvarse cuando no entran en la carrera, para ellos peligrosa, de la civilizacion. Sostentando tan encontradas doctrinas unos y otros, ora por sus errores, ora por sus particulares intereses, es lo cierto, por desgracia, que la humanidad ha sido muchos siglos el juguete de semejantes estremos, y han sido precisos no pequeños sacrificios por su parte para disminuir sus terribles consecuencias. Ni los desengaños costosos que dá siempre la esperiencia, ni los multiplicados ejemplos que en todos tiempos ofrecen las sociedades en las diferentes vicisitudes por que han atravesado, ni las lecciones que la historia suministra, han sido bastantes para que los hombres, que están encargados por su posicion social de ilustrar á las masas y dirigir la opinion pública, hayan aprendido á corregir los errores de sus doctrinas y los defectos de su aplicacion.

En vano se ha pretendido en algunas épocas conquistar por los reformadores la voluntad de los estacionarios: sus preocupaciones, sus errores, sus hábitos, su pereza é innaccion, su timidez, sus intereses, son otros tantos obstáculos que se oponen al vuelo de las ideas; y si bien muchas veces consiguen sofocar aparentemente esa agitacion que aquellas producen, y que es como una condicion de la vida intelectual, no son mas que una tregua para suspender su movimiento, por que al fin tomando nueva fuerza los arrolla, siendo mas estrepitoso el choque y la violencia con que los destruye; semejante á un dique que deteniendo las aguas que caen de una elevada pendiente no hace otra cosa que detener por algun tiempo su curso, hasta que aglomeradas se aumenta su fuerza, y obedeciendo á la ley de la naturaleza vienen á tragarle en su impetuoso descenso. El mundo moral, lo mismo que el mundo fisico, tiene sus leyes eternas é invariables, sin que sea dado á nadie contrariarlas, obcecado unas veces por un imprudente egoismo y conducido otras por un interés particular mal entendido: ninguno viola impugnemente sus preceptos; con su infraccion va siempre unida la pena, acarreándole males sin cuento su ignorancia y sus pasiones. Las enfermedades y dolencias que aquejan al cuerpo moral, como al cuerpo fisico, reconocen una misma causa que las produce; tienen un mismo origen; y unas y otras —cuando no se las corrige en un principio, aplicándolas un oportuno remedio,— van tomando mas incremento, hasta que, al fin, adquiriendo cierto carácter de gravedad, se hacen incurables y acaban con la vida del paciente. No basta que el encargado de la curacion prescriba los medicamentos; es indispensable tambien contar con la preparacion y docilidad del doliente, para que se sugete á seguir el plan si ha de recobrar su salud. Para regenerar las sociedades políticas y purgarlas de los vicios que las corroen y corrompen; al paso que por los hombres públicos se anuncie el remedio, no deben tampoco descuidar la anterior preparacion de las masas; y haciendo conocer á todas las clases la eficacia de dicho remedio, por una parte, y por otra las desastrosas consecuencias de no aplicarle, harán desaparecer esa tenaz resistencia, de donde nacen al fin esos violentos choques que llegan á conmover hasta los cimientos de la sociedad. Pero como al lado de los odiosos sistemas que desgraciadamente han regido muchos siglos el mundo, se han levantando tantos suntuosos edificios dedicados al poder, erigiéndose en ley la fuerza bruta que ha sacrificado á la ambicion de los mandarines lo mas sagrado y respetable que habia; de aquí nacieron esas perpétuas luchas que tanto han trabajado á la humanidad, y que no desaparecerán hasta conseguir su completa emancipacion.

El combate ha sido largo y empeñado, cruel y sangriento muchas veces; podrá prolongarse mas ó menos, es verdad, pero la causa de la razon y la justicia al fin triunfará.

Hondas y profundas eran las raíces que habia echado el árbol de la tiranía, cuyas espesas y frondosas ramas no han permitido en muchas generaciones penetrar los rayos del sol para vivificar la semilla de la libertad que puesta á su lado no ha podido prevalecer privada de la influencia de tan poderoso agente: muchos siglos ha sido menester que transcurrieran para que agostada su frondosidad—porque al fin el mundo todo lo acaba,—diera señales de vida aquella planta parásita, á medida que ha ido gozando de la benéfica accion de aquel elemento. Desencadenado el pensamiento, rompió en sus primeros movimientos é hizo mil pedazos aquel denso celage que ha tenido cubiertas á tantas generaciones en las mas oscuras tinieblas; y la antorcha de la civilizacion vino á iluminar con sus copiosos destellos ese gran teatro, en que cada ser tiene que representar su papel y cumplir con la mision que le ha impuesto el Creador. Desde entonces se dejó ver en toda su deformidad ese colosal edificio que una ciega tradicion ha conservado al través de tantos siglos, y que fué erigido con la sangre de tantas victimas como la ambicion ha sacrificado ante sus aras; desde entonces no pudieron ocultarse por mas tiempo los carcomidos tímbrs, con cuya antigüedad han intentado deslumbrar á la multitud encubriendo el innoble é injusto origen que tenían; desde entonces se miraron los derechos en que funda su ilegítima ecsistencia como otras tantas usurpaciones; desde entonces, en fin, fué cuando la humanidad, que habia estado tanto tiempo abatida y ultrajada, sintió la imperiosa necesidad de recobrar los derechos que vienen á constituir su ecsistencia social y material, y procuró por cuantos medios estaban á su alcance mejorarla.

Conmovido el género humano por esa instintiva tendencia de cambiar la degradante condicion en que habia vivido, nació al lado de un tirano ó de una oligarquía prepotente y orgullosa, una democracia resentida y vengativa. En este periodo de la vida social fué cuando principió la lucha intelectual, que hizo cambiar la faz del mundo, y con ella se inauguró el memorable reinado de la libre discusion. Ilustrados y elocuentes patronos tomaron á su cuidado la defensa de los derechos del hombre; dieron la voz de alarma, y al aprestarse al combate, se hallaron frente á frente dos poderes rivales: las armas del uno eran la razon, la moral, la ley de Dios; las del otro la usurpacion, la violencia, la hipocresia: el primero demandaba justicia; el segundo invocaba únicamente la posesion de muchos siglos, como si fuera bastante título para legitimar sus ominosas conquistas. A pesar de la buena causa que sustentaban los defensores del pueblo y de la santidad de sus derechos; como solo prevalecian y se respetaban los del mas fuerte, viendo que si alguna vez conseguian algo en favor de aquel era mas por indulgencia de los señores que todo lo poseian, que por la justicia de las leyes que no ecsistian para los oprimidos, haciendo de la esclavitud de estos su principal patrimonio; como vieran, repetimos, que se negaban á restituir lo que tan mal habian adquirido, poseidos de una santa indignacion, quisieron cortar de una vez males tan inveterados é incurrieron forzosamente en otra ecsagerada pretension. Enalzando á la multitud que habia estado muchos años abatida, fomentaron inconsideradamente las nuevas ecsigencias del espíritu humano; y en tales movimientos progresivos traspasaron los limites que en el órden de la civilizacion y cultura están marcados por la prudencia; apelaron á las armas que sugiere el fanatismo político;

y al combatir los privilegios injustos arrebatados por los usurpadores, no repararon, en que, si bien era licita la insurreccion, santificaban los desórdenes por el lenguaje con que la invocaban, y mas que defensores del pueblo parecian enemigos de la sociedad. Los falsos apóstoles de la humanidad ecsageraron las pretensiones de los reformistas, esforzándose en hacer creer que el órden social corria graves peligros entonces; calumniaron á los mismos, porque conducidos por un ardiente celo en provecho del pueblo, entusiasmaban el espíritu público para interesarle en la conquista de sus derechos; procuraron acobardar á los espíritus débiles y tímidos, amenazándoles con los trastornos con que se anunciaban las refórmass, y consiguieron no pocas veces detener no solamente esos arranques de la opinion que conmueven hasta los cimientos del edificio social, sino tambien esa accion benéfica que insensiblemente podia renovarle, asentando sobre nuevas bases la legislacion politica, civil y administrativa. Verdad es, que solo un genio privilegiado hubiera podido en aquel periodo de la civilizacion recoger los fragmentos del antiguo edificio que pudieran convenirle para la construccion del nuevo, estudiando las nuevas tendencias y las buenas doctrinas que preparaban la transformacion social; pero como aquella primera época en que se emancipó por primera vez el entendimiento humano, no era aun oportuna para hacer los ensayos de aquellas ideas que germinaban ya en el mundo intelectual, continuó la lucha en el campo de las teorías; se disputó entre las varias sectas que nacieron con el debate de las doctrinas, la esclencia de los principios que habian de regenerar la sociedad entera; y la politica vino á ser, para desgracia de la humanidad, mas que una ciencia de aplicacion una ciencia abstracta.

Si necesitamos comprobantes de la triste verdad que acabamos de anunciar, no hay más que abrir la historia de todas las naciones, y en cada página encontraremos que ninguna revolucion ha producido los resultados positivos que debian haber sido como la consecuencia necesaria de los principios que proclamaban en ella, y que fueron la bandera que levantaron sus agitadores. Es una desgracia lamentable que la humanidad haya estado condenada hasta aqui á esas continuas oscilaciones politicas, sin, que los resultados de estas hayan correspondido á sus grandes y costosos sacrificios. La injusticia con que de tiempos muy remotos ha sido tratada por las clases privilegiadas, es un aguijon que de continuo la estuvo atormentando, y que ha contribuido á sostener ese mal-estar que la hace turbulenta, dejándola entregarse á sus naturales instintos, y dispuesta á sacrificarse siempre cuando se apela á sus sentimientos de patriotismo. Pero ademas de no haber visto hasta ahora cumplidos sus justos votos, son infinitos los egemplos de haber quedado defraudadas sus legítimas y fundadas esperanzas; y apesar de haber recibido repetidos y costosos desengaños, de su condescendencia, de su buena fé y generosidad, jamas se negó cuando se la ha buscado, nunca dejó de responder á los llamamientos que se la han hecho. ¿Mas cual ha sido la recompensa que ha obtenido? Cuestion es esta que nos proponemos ecsaminar en otro articulo, estudiando la marcha que ha seguido la humanidad desde los primitivos tiempos hasta el dia; ecsaminando las diferentes fases porque ha atravesado, y apreciando debidamente cada uno de los principales caracteres que señalan y marcan bien las distintas épocas de su vida social.

El Viagero Errante.



LA FEA.

LETRILLA.

(Imitación de Breton.)

¡Fea nací lo veo,
y en el mundo lo feo
siempre fué contrabando!
¡Ay! yo vivo penando,
y, aunque pobre muchacha,
como tengo esta facha
nada me alhaga, nada me recrea!
¡Ay, infeliz de la que nace fea!

Para dar un consejo,
dicen que es el espejo
por lo veraz, amigo;
hoy, es él mi enemigo;
pues si de verme trato
copia fiel mi retrato,
y yo maldigo que tan fiel me sea!
¡Ay, infeliz de la que nace fea!

Le tuve amor á un necio,
y de él sufrí un desprecio;
á un discreto amor tuve,
y otro desprecio obtuve.
¡Quise á mill... sin encantos;
y aunque he adorado á tantos
nunca pesqué, estudiando la marea!
¡Ay, infeliz de la que nace fea!

Estudio las ficciones
y asisto á los salones,
á bailes y á paseos:
allí, son mis deseos
solamente ser vista;
mas no hago una conquista,
pues no alcanzo me mire el que me vea!
¡Ay, infeliz de la que nace fea!

Si yo en los cafés entro,
quien me pague no encuentro:
si hablo, todos son mudos,
no vuelven mis saludos;

y si uno en mi repara
se me ríe en mi cara,
y niega al Dios que tales cosas crea;
¡Ay, infeliz de la que nace fea!

En los bailes observo
á ese mundo protervo,
y marco mis enojos
en mis ardientes ojos
que vuelvo á cualquier parte....
De nada sirve el arte,
si la fealdad es sin valor presea!
¡Ay, infeliz de la que nace fea!

Una fea en la vida
pensándolo advertida,
¿Qué espera?... ¡desengaños!
De los ajenos, daños,
porque bien se conoce
que mancha con el roce,
y que es perjudicial en su ralea...
¡Ay, infeliz de la que nace fea!

¡Pobre soy! ¡Fea y pobre
en un siglo de cobre!
¿Qué me falta, Dios mío?
¡No fuiste nada piol...
Siquiera un milloncello
dáme; el jóven y el viejo,
cada cual, lo verás, en mí se emplea!
¡Ay infeliz de la que nace fea!

¡Cuanto mal! morir quiero!
mas no: pues considero
si mi vivir se acorta,
dirá el mundo «no importa.»
Sigo, pues, con mi suerte;
que quizás en mi muerte
no halle herederos, cura, ni albacea!
¡Ay, infeliz de la que nace fea!

Teodoro Guerrero.

DIGA V. ALGO.

Sucedenos muchas veces, y creemos que habrá sucedido no pocas á nuestros lectores, que nos distraemos en medio del bullicio de una sociedad animada; que se cierra nuestra boca como con una mordaza en lo mas interesante de una conversacion, sin que por mas esfuerzos que hagamos demos con una palabra que nos saque de nuestro estupor ó arrobamiento. Confesamos francamente que en varias ocasiones nuestro silencio es voluntario; pero no así en otras, en las cuales—lejos de ser estudiado—es hijo de nuestro carácter un tanto meditabundo y taciturno, aunque esteriormente aparentemos lo contrario. Cuando esto último ocurre nos retoza la risa en los labios; pero esta risa es, digámoslo así, una pobre flor arrancada del corazon, cuyo seno es

una fuente de lágrimas que nunca se apagan; una azucena que ha crecido entre matorrales y espinas; entonces hablamos como por máquina, celebramos con sonoras carcajadas los chistes que no dicen, y que creen decir nuestros excelentes prógimos; hacemos preguntas sin objeto, y recibimos respuestas que tampoco lo tienen, ó que si lo tienen es tan insustancial como la mayor parte de las preguntas y respuestas que se cruzan en casi todas las conversaciones.

—A los pies de V. señora.

—Beso á V. la mano.

—¿Ha descansado V. del baile de anoche?

—No, del todo; apenas he podido pegar los ojos.

—Lo siento.

—Gracias. ¿Y V.?

—¿Yo? He dormido.

—¡Vaya, me alegro!

—¿Sabe V. que la mañana está fría?

—Muy fría.

—¿Qué hora será?

—La una, poco mas ó menos.

—Me dará V. su permiso....

—V. le tiene.

—A los pies de V. señora.

—Beso á V. la mano.

Ese es un lindo ejemplo de una de las muchas conversaciones ordinarias.

Segundo ejemplo.

—¿Qué hay de noticias?

—Nada de particular.

—Parece que á la facción de Cataluña la han sacudido el polvo.

—Eso dicen.

—¿Y V. que opina?

—¿Yo?.... No opino nada.

—Pero hombre.... ¿es posible...

—Si señor, es muy posible que yo no opine, que V. no opine, que aquel no opine y que nadie opine.

—Pero hombre.....

—Ríase V. de cuentos y haga lo que yo. Lo mejor de los dados es no jugarlos; lo mejor de la política es no hacer caso de ella.

—Pero hombre, los papeles dicen....

—Si señor, siempre los papeles dicen algunas cosas, pues si no digieran ninguna, de seguro vendrían en blanco, y un papel en blanco no me parece que es lo mas á propósito para entretener á los suscritores.

Tercer ejemplo. Esta conversacion pasa entre dos críticos imparciales.

—¡Hola, chico!

—Adios.

—¿De donde vienes?

—Del teatro del Principe; ¿y tú?

—Del mismo.

—¿Qué te parece el drama de nuestro amigo J.?

—Malísimo; ¿y á tí?

- Detestable.
 —¡Qué versificación tan ramplona!
 —¡Qué acto primero tan largo!
 —¡Qué corto el segundo!
 —¿Pues y la escena aquella, en que sucede no sé qué, ni ganas de saberlo?
 —¿Pues y la otra escena, que no he visto, pero de la cual me han informado algunos conocidos, los cuales no han atendido á la representacion?
 —¡Ah! está escrita en tonto.
 —Lo que yo he dicho á todo el mundo.
 —¡Si leyese una comedia preciosa mia que estoy concluyendo!
 —Pues si tú quisieras oír una inmejorable que aun no he principiado!
 —¿Quieres que te recite algunos versos? Pues oye.

D. Pedro.—*Digo á V. doña Calista,*

Que sus ojos me perforan—

- No sigas, pues ya me has recitado esos versos lo menos treinta veces.
 —¿Si? No me acordaba. Lo único que recuerdo es que á todo vicho viviente le digo que mi comedia dará á la empresa lo menos cuarenta y cinco entradas; que está salpicada de sal y pimienta, y hasta de aceite; que no hay actores que puedan ponerse al nivel de la sublimidad de sus situaciones; que todos son unos poetillas de chicha y nabo junto á mí; que me valdrá la propiedad de la representacion unos 400.000 reales; y otras cosas que, bien consideradas, no son mas que la justicia que me corresponde, y que procuro atrapar con mis uñas, ya que no me la quieren hacer mis rivales... por envidia, por... ¡qué sé yo!

Ahora bien; esos tres diálogos son el molde, el patron de innumerables diálogos de los que todos los dias resuenan en nuestros oídos. ¿Y hemos de malgastar el tiempo, y dar tormento al pulmon con semejantes pequeñeces?

Pero es el caso que si no hablamos, se nos acometerá con un terrible: *Diga V. algo*. Comprendemos perfectamente que un pueblo, cuyos habitantes todos fuesen mudos, seria el pueblo mas insufrible del mundo, y comprendemos tambien que el Supremo Hacedor para algo nos habrá dado la lengua y los demas órganos, por cuyo mecanismo y particular disposicion se produce la palabra: nos figuramos lo triste y monotonía que seria la existencia de los trapenses, quienes cuando se encontraban no hacian mas que saludarse y contestarse en estos términos:

—*De morir habemos!*

—*Ya lo sabemos!*—Y páre V. de contar: mas, sin embargo de todo, cuéstanos las mas veces gran trabajo el resolvernos á *decir algo*, por temor de decir lo que vulgarmente se dice cuando se dice algo; esto es, *nada*. ¿Y por qué ese temor? se nos preguntará. ¿Quieren VV. saberlo?

Habia en Málaga un idiota, á quien las gentes llamaban *Consecuencias*, porque á todo cuanto se le interrogaba salia siempre con el estrivillo de: *Por las consecuencias*..—¿Por qué no te casas?—*Por las consecuencias*..—¿Por qué no juegas?—*Por las consecuencias*..—¿Por qué no te embarcas?—*Por las consecuencias*..—Todo le espantaba al infeliz idiota por las consecuencias.

Otro tanto nos sucede á nosotros; nos horripilan las consecuencias que pueden originarse de una palabra inoportuna que se nos escape, de una plática insulsa cuando nos oyen personas que saben dar amenidad y atractivo en sus conversaciones á los asuntos mas estériles y triviales. Entonces, cuando nos vemos ante su presencia, quisiéramos tener la poca aprension de muchos padres de la Patria, ó de mas de un

predicador lego en punto á elocuencia sagrada, ó de mas de dos torpes defensores de buenas causas. ¡Oh! Entonces si, entonces si que espetariamos cada soporífera oracion parlamentaria como de aquí á Londres; entonces si que abortariamos cada sermon que ni los de *Fray Gerundio de Campazas*; entonces si que dejaríamos con un palmo de boca abierta á todos los auditorios y á toda la magistratura europea. Ello es cierto que conseguiríamos de este modo sublevar, en sus tumbas contra nosotros á las sombras de Mirabeau y Vergniaud, y de la flor y nata revolucionaria de la *Gironda* y de la *Montaña*; y á las de Bossuet, Bourdaloue y Masillon, Lenormant y D'Aguesseau; pero hablamos en el supuesto de ser hombres que no temiésemos las consecuencias.

—*Diga V. Algo!*—es la exclamacion favorita del que vé que otro no habla nada, porque no tiene de qué, ó no sabe, ó no puede ó no quiere.

Por ser condescendiente, un conocido nuestro que se hallaba de visita en casa de una señora, á quien le habia chocado el silencio de nuestro amigo, dijo de seguida una porcion de sandeces que solo podian disculparse teniendo en cuenta la mala disposicion para hablar en que se encontraba, hija, como él nos confesó despues, de un pensamiento extraño á la visita, que entonces absorbía su atencion. Recordamos como si lo estuviésemos oyendo, que entre otras galanterías que dirigió á aquella señora, una fué:—«Tiene V. una *mona* lindísima» en vez de una *mano* lindísima, y otra: «No hay *caparazon* mas sensible que el de V.» en lugar de *corazon* mas sensible que el de V.

El *Diga V. algo* nos persigue mas de lo que quisiéramos, y menos tal vez de lo que merecemos por nuestra falta de locuacidad; pecado es este que confesamos ingenuamente, pero es pecado venial si se compara con los infinitos *mortales* que comete al dia el *hombre-lengua*, ó si se quiere el *lenguado*. Un hombre que se abstrae con frecuencia, que no habla mas que consigo mismo, ó que solo deja escapar de vez en cuando alguna frase vergonzante, algun *si*, *no*, ó *qué sé yo*, es un hombre que conspira contra la paciencia de sus semejantes, y por lo mismo un ser denunciabile, casi condenable: pero un hombre que suelta la taravilla; que habla y habla sin escupir; que discurre con la lengua—porque su lengua camina mas veloz que el pensamiento—ese hombre es un *demagogo* (como ahora se dice), un ente fusilable, ahorcable, metrallable.... y abominable.

Ocasiones ha habido en las que—apesar de nuestro sistema—se nos han pasado sendas ganas de tomar la palabra, para contestar á la pesadilla de *Diga V. algo*. Pero ¿adivinan nuestros lectores lo que hubiéramos dicho en aquellos momentos? Pues hubiéramos dicho, *verbi gratia*—«No queremos decir algo, porque tenemos mas en que pensar que en responder á cosas sin olor, color, ni sabor, que maldito lo que nos ván ni nos vienen; no queremos decir algo, porque nada se nos ocurre que venga á pelo, y no hemos de traer por los cabezones al rey *Tulga*, al descubrimiento del Nuevo-Mundo ó á las guerras civiles de Roma—por el afan de hablar,—cuando no se trata de eso, sino de la influencia de los ojos gachones en la alza ó baja del capital de los aficionados; no queremos decir algo, en fin, porqué no queremos, porque preferimos estar hechos unos troncos, unas estátuas, unos hipopótamos; y quien lo quiera asi que lo tome y quien no que lo deje.»

Si algun atractivo ofrecen á nuestros ojos los juegos de prendas es el de que—á menos que sean mimicos—tenemos que hablar á la fuerza, so pena de ir á depositar sobre la falda del vestido de la mamá que preside la diversion, un pañuelo, una caja ó una llave. Lo peor es que por premio de tamaño sacrificio,

cuando nos llega el turno de sufrir la sentencia que se nos ha impuesto, muchas veces se nos consuela con palabras que lleva el viento, con aparatos mas ilusorios aun que los de *Los polvos de la madre Celestina*, ó los de *La Redoma Encantada*; como sucede en aquella inocente farsa del *Cariñito de Cadiz*, que dice:

—¿Me quieres?

—Te quiero. (Humo!).

—Pues dáme el dedo. (Gracias que se nos permite tocar la uña!)

—¿Me amas?

—Te amo. (Patraña!).

—Pues dáme la mano. (Entonces se nos da el dedo!).

—¿Me adoras?

—Te adoro. (*Vanitas, vanitatum et omnia vanitas*, ó juego de prendas).

—Pues dámelo todo. (Y nos dan una cantidad negativa; un *proyecto* de abrazo).

Diga V. *algo!*—Mucho habríamos de decir á veces, que no *algo*, si se nos permitiese; pero no todas las cosas son para dichas: en sociedad mas es lo que se calla que lo que se dice, y no solamente lo mas sino lo mejor, puesto que se callan verdades que debieran sacarse á la calle, como ha dicho un buen poeta:

En camisa,

poco menos que desnudas.

¿Se quiere que digamos que es un *Rubini*, un *Fabio* ó un *Moriani*, ese joven *Becerro* que acaba de desollar una aria del *Nabuco*? ¿Se quiere que -por decir *algo*- unamos nuestras adulaciones á las de tantos otros como le alaban, dando tortura á sus sentimientos y á su dignidad? ¿Se pretende que -por decir *algo*- celebremos delante de su mamá las gracias insolentes y destructoras de ese chiquillo mal educado y de perversa índole, que deja caer una silla sobre la cabeza del inofensivo transeunte, ó rompe de una pedrada los vidrios del balcon del vecino? ¿Se espera que—por decir *algo*—encarezcamos la hermosura de unos ojos, que no la tienen, las perfecciones de una fea, que carece de ellas, ó las prendas morales de un elevado personaje, en su presencia, cuando esas prendas por lo rotas y súcias debían echarse al gancho del traperero?

Eso no, en nuestros dias; eso no, y mil veces no; pero tampoco diremos las verdades *en camisa*, porque respetamos altamente ciertas preocupaciones sociales, ciertos hábitos, malos si se quiere, pero tan arraigados ya, que el atreverse á arrancarlos valdría tanto como trastornar el orden ecistente, que no es en verdad mejor que aquellos hábitos y preocupaciones, puesto que es su resultado lógico y necesario. Dejemos, pues, estar las cosas como se están, y no nos metamos á redentores, porque podríamos muy bien salir crucificados.

Ventura Ruiz Aguilera.

UN CHASCO DE CARNAVAL.

Máscara hermosa,

A cuyo acento

Súbito siento

Bárbaro amor.

Bella y graciosa,

No huyas esquivo,

Tén compasiva

Menos rigor.

Torna esos ojos,

Que cuando miran,

Al alma inspiran

Tanto placer:

No tus enojos

Muéstrenme bellos;

Lógre yo en ellos

Mas piedad ver.

Tú el mal aquieta,
Que al pecho mio
Hoy tu desvio
Fiero le dá.

Y esa careta,
Pálido velo
Que cubre al cielo,
Cáigase ya.

Negar en vano
Tus gracias quieres,
Que hartó quien eres,
Máscara, sé.

Blanca es tu mano,
Negro el cabello,
Terso tu cuello
Breve tu pie.

En tu mirada
Mas que el sol brillas,
Y en tus megillas
Nace el carmin.

Y enagenada
Mi alma al oírte,
Quiere seguirte
Del orbe al fin.

Tú eres mi encanto,
Cede á mi anhelo,
Caiga ese velo
Torpe y fatal.

Mas no... ¡Dios santo!
No, no, por Cristo,
Que hartó ya he visto,
Vieja infernal!

M. Azcútia.

LOS SIETE NOVIOS DE LA BELLA JULIA.

NOVELA ORIGINAL DE D. M. LARRAZABAL.

(Continuacion.)

CAPITULO IV.

En el que se relata el baile, con otras cosas que el autor dice por añadidura.

Ya hemos dicho que el lúgubre y lloron poeta D. Pedro Redondillo de la Si-nalefa, poseía la singular cualidad de enamorarse volcánicamente de cuantas bellas tenían la ocurrencia de dirigirle una mirada casual ó una sonrisa sin intencion. Su corazon daba tantas vueltas y revueltas como su abrasada cabeza, que todo lo convertía en vapores, humo, sombras y nubes; lo que contribuía á que casi siempre él se viese nublado y sumido en la mas completa oscuridad. Envuelto en ideas las mas incoherentes y encontradas, anunciábase allá en lontananza estar próxima á reventar una furiosa tempestad que solo la atmósfera de una jaula podía disipar. De las cuatro partes del dia, tres y media las pasaba en el mundo aéreo ó ideal, y la otra media en el positivo, tiempo suficiente para descansar y procurar por las necesidades del estómago, que en opinion de algunos doctores en el arte de curar, es el locomotor que dá movimiento á la máquina del humano cuerpo.

En medio de las borrascas que agitaban de continuo su imaginacion, dejábanse ver en el fondo de su corazon prendas muy recomendables. Amable con todos, bondadoso y servicial para con sus amigos, reservado en los asuntos de los de-

mas, tales eran las cualidades de su trato cuando andaba por este mundo; pero cuando se echaba á volar por las regiones de los vientos, su lengua corría tanto como su imaginación.

Su padre, honrado propietario de un pueblecito de la provincia de Alava, viendo que Periquito daba desde muy temprano señales inequívocas de su precoz talento, no quiso que se dedicase á las faenas del campo como los otros hermanos; y por consejo de un tal D. Bartolomé Cascajares, hombre acaudalado y de no muchas mas letras que las del alfabeto, envióle á estudiar latin bajo la férula de un Dómine mas sanguinario que un discípulo de *Broussais*. Entre las diversas cosas que Periquito aprendió en el estudio, algunas fueron las reglas de la versificación, y por lo tanto creyóse un *Homero* y un *Virgilio*. Ocho años tuvo el Dómine en usufruto al discípulo Sinalefa y en contribución á su padre: otros ocho estuvo el pequeño *Virgilio* componiendo coplas á todas las mozas del pueblo, quienes se ponían coloradotas al oírle gemir en latin, llorar en español y chapurrar en ambos idiomas.

D. Bartolomé Cascajares, consejero nato del padre y protector del hijo, sumó el tiempo que este habia invertido entre estudios y vacaciones, y vió con asombro que el producto ascendía á tres lustros y pico, por lo que decretó que era necesario dar cima á la obra comenzada, es decir, acabar de completar la profunda instruccion del muchacho; quien con el tiempo debia armar fuerte barullo en la embarullada república de las letras, y ganar el cuarto muy honradamente escribiendo noche y dia; pues segun opinion del mismo Cascajares, la literatura era un campo fértil en el que con un poco de charla y un tantico de descaro, podían recogerse ópimos y abundantes frutos. Así es, que Periquito se trasladó á Vitoria, con el plausible objeto de estudiar á la vez el inglés, el francés, las matemáticas, la música, el baile, y, por fin, el griego; con cuyas luminarias habia de salir muy *despavilado*, si es que no se quedaba en tinieblas, para poder un dia aspirar á una plaza de *echa sobres* en un periódico de la Corte, y pasar despues á ser uno de los mejores *redactores-tigeras* encargados de hilvanar las gacetillas.

Seis años ha que nuestro meritorio Sinalefa está profundizándose como un buzo en aquellas materias, á fin de poder con el tiempo resolver las grandes cuestiones diplomáticas con su *ardiente* imaginación y su volcánica cabeza.

Dispuesto nuestro lúgubre vate á cantar *solo voce* las clásicas coplas á la hermosa é ideal Teresa así que se presente en el baile, si es que antes no tropiezan sus ojos con los de alguna otra sutil y ténue beldad, aunque sea un tonel semoviente, encaminase al Liceo.

Son las diez y cuarto de la noche, hora en que ya el director de orquesta hállase ocupando su puesto con el violin en la una mano y el arco en la otra, esperando á que haya en el salon unas seis parejas para dar la terminante órden de: cesen los arpegios y cada cual toque las notas que tiene delante; las cuales, todas juntas, representan un *Wals*, capaz de sacar de quicio á los menos aficionados á la danza y las cabriolas.

Creyendo Sinalefa que la señora de sus sueños, la sin par Teresa debe estar en el baile ostentando su incomparable hermosura, puesto que no la ha visto en el paseo de los *Arco*s; atraviesa apresuradamente el café, sin hacer caso de las saluciones que le dirigen algunos amigos. Baja unas cuantas escaleras, y se mete en el estrecho y largo pasadizo que conduce á la galería del Liceo, desde donde pasa revista de inspeccion á todas las bellas que ocupan ya el banco de la paciencia esperando la hora del *mercado*. Decimos *mercado*, sin que de ellos nos arre-

pintamos, porque un baile es una especie de feria, en la cual la que mas, y la que menos trata de atraer hacia sí y por su cuenta algunos solicitadores que la acompañen á dar unas cuantas vueltas y revueltas por el salon, al compas de la música.

—¡Caramba! todavía no ha venido mi ángel tutelar, mi adorada Teresa! ¿cual será el motivo de su tardanza? ¿Acaso su furibundo papá la habrá aprisionado con férreos cerrojos y formidables puertas? ¿ó acaso la desnaturalizada mamá habrá desconcertado y echado por tierra sus mas alhagüenos pensamientos con un *no* mas redondo que una bola de villar? Llorá!... Llorá!... desventurada Teresa, tus penas y tus cuitas, mientras que yo padezco al ver la cándida paloma entre las garras del gavilan y el pico de la cigüeña!

Tres minutos ha que tan lógicamente discurre Sinalefa. Dos golpecitos dados en uno de sus hombros le distraen de tan profunda meditacion.

—¿Qué demonios haces ahí convertido en una estatua de piedra, amigo Sinalefa?

—¡Ah!... ¡Oh!... ¡hui!... soy muy desgraciado, Eusebio. La cándida paloma gime ahora entre las garras del gavilan y el pico de la cigüeña: mi adorada, mi querida, mi idolatrada Teresa no ha venido todavía.

—¿Y para esto tantas metáforas y exclamaciones? si tu Teresa no ha venido aun, no tardará en aparecer en el salon, pues todavía no es muy tarde: ademas, que la ausencia de esa *cándida paloma*, bien puede olvidarse á vista de tantas otras *tortolitas* como te llaman con sus dulces arrullos.

—¡Caramba! tienes razon Eusebio; si una puerta se cierra veinte se abren. Repara cómo me mira aquella jóven hermosa como *Vénus*, y sencilla como la vírgen de *Underlache*.

—Efectivamente; has hecho una buena conquista.

—¡Oh! la poesia es encantadora para las bellas.... ¡Chico! estoy ya hecho un caramelo por esa jóven, y ahora mismo voy á recitarla mis versos, lo que podré hacer sin mas que cambiar el nombre de Teresa por el de esa otra *blanca azucena*.

—Tienes tiempo, pues aun no se ha dado principio al baile: ademas, tengo que pedirte otro nuevo favor.

—Ya sabes que estoy á tus órdenes.

—Para llevar adelante el plan acerca del cual te he hablado esta mañana, y en el que has tomado ya una gran parte, es preciso que ninguno de los autores de los billetes amorosos dirigidos á Julia pueda bailar con ella, porque de lo contrario será facil que haya esplicaciones y luego se descubra el enredo.

—Ya, ya caigo: quieres que andemos á cachetes con todos ellos si la llegan á hablar. ¿No conoces, Eusebio, que yo no valgo para tan prosáicas empresas.

—No trato de ecsgirte que cierres los puños, sino que bailes con Julia cuando yo te diga, que por cierto no será por mucho tiempo, porque la carga va á estar repartida entre tres. Eduardo está de centinela en la puerta, á fin de que cuando llegue pueda ser el primero en comprometerla á bailar; en seguida pienso yo hacer otro tanto, y despues te toca á tí, querido Sinalefa.

—Ahora entiendo; es decir que los tres hemos de alternar en la danza.

—Pues, para impedir de este modo que su estado mayor de adoradores se la acerque en toda la noche.

Enterado Sinalefa del papel que le ha sido encomendado por su amigo, é impaciente por recitar los versos ó las coplas á la bella que tan de súbito ha sabido encender en su corazon una nueva llama, apagando la abrasadora hoguera

que dos minutos antes le consumía, salva las seis escaleras que conducen al salón, y pocos momentos después se le ve bailar un *wals* con su nueva querida.

Eusebio ha vuelto al café y ha pedido un vaso de ponche. El Alférez *Tremenda*, recostado en una silla, se entretiene en retorcerse el vigote, teniendo la vista fija en la puerta. El licenciado *Pandectas* se pasea á lo largo del salón, formando sin duda castillos en el aire. Junto á *D. Timoteo Curbatura del Paralelógramo* está *D. Cecilio Chacona y Contreras*, á quien aquel mira de reojo, apesar de que ambos se demuestran reciprocamente mucha intimidad. El Doctor *Homóplato de la Disolucion* se entretiene en disolver un enorme azucarillo en tres cuartillos de agua. El *Hidalgo Zampa-terrones* se da prisa á engullir unas seis libras de dulces que tiene delante de la vista. El sétimo amante de la bella Julia, que como saben ya nuestros lectores, es Luis, no ha venido ni es probable que venga, puesto que Eusebio ha inventado una buena comision, con la que piensa entretener á su enamorado amigo fuera de Vitoria hasta el martes por la mañana.

Los otros seis pretendientes al corazón de Julia, y aspirantes al capitalejo que su padre tiene en conserva, que acabamos de ver desparramados por el café entretenidos al parecer con distintas cosas, pero pensando en un mismo objeto,—á imitacion de los diputados que piensan en público por diversos conductos hacer la felicidad de la patria, y luego allá en secreto aspiran todos juntos al centro comun de la *silla de espinas*, (*alias* ministerial);—los seis amantes, decimos, que tan pacíficamente se entretienen en el café, aguardan con impaciencia á que dos ojos dulces pero graciosos, manden ponerse en orden de parada.

La puerta del café ha girado sobre sus goznes: una joven rubia como Adriana de Cardoville, hermosa como Venus y esbelta como una de las *Hadas de las mil y una noches*, cuyos diminutos pies cubren unos ligeros zapatitos que bien hubieran podido tener por orna el dedo pulgar del doctor Homóplato, y cuyo flexible cuerpo parece como dividido por una delgadita cintura; una joven, pues, que viste un elegante traje de color de rosa, y á quien Sinalefa después de haberla dirigido las hiper-voles que quedan estampadas hubiese de seguro comparado á alguna musa, deidad ó celestial sombra, penetra en el salón del café. Siguela á corta distancia un apuesto y elegante mancebo; quien después de haberla saludado, con todas las reglas de un furibundo *lioncillo*, la ofrece el brazo que ella no rehusa sino que al contrario acepta con grande amabilidad. Los ojos de la joven van girando con cierta maestría y coquetismo á derecha é izquierda, en señal sin duda del dominio que ejercen sobre los mortales que osan con los suyos demandarles amor. En su hermoso rostro pintase la satisfaccion que le ha cabido en la conquista hecha á vista de un público, que, salvo alguna escepcion, tiene supeditado. Su corazón rebosa de alegría porque los seis adoradores van á estar fluctuando entre las esperanzas y los celos. La muger que llega á conocer que el prestigio que goza entre los hombres es verdadero y fundado, sabe abusar de él con cierto donaire que mata.....

Julia y Eduardo atraviesan el café y se dirigen al salón del baile: allí tambien vá á ser ella la reina de las hermosas.

Al ver el Alférez *Tremenda* la interesante pareja da dos berridos y se muerde el bigote: el Licenciado *Pandectas* se siente acometido de unas palpitaciones tan fuertes que su corazón se asemeja al péndulo de un reloj: el Doctor *Homóplato* se consume de envidia: *Paralelógramo* cree por un instante que tiene en el pecho un brasero encendido: *D. Cecilio Chacona y Contreras* se queda hecho un paralítico, y el *Hidalgo Zampa-terrones* masca á dos carrillos. A todos seis se les ha

inflamado la fragua de su abrasado amor con sola una mirada que se ha dignado dirigirles sin duda por compasion la encantadora y voluble Julia. Pasados los primeros instantes de tan feliz sorpresa dispónense á seguirla todos seis en columna cerrada. Eusebio los mira y se rie, esperando á que desaparezcan de la sala del café para dirigirse despues al baile.

Al atravesar nuestro héroe nocturno y escalador de balcones la puerta del pasadizo que conduce á la galeria del Liceo se siente detenido por detras; vuelve la cabeza y se encuentra frente á frente del Sr. Roque, el sastre, que le pide el billete con cierta sonrisa sardónica.

—Lo dí ya á mi primera entrada y así no me incomode V. ó sino....

(Se continuará.)

MEDITACION.

LEJOS DEL MUNDO.

Huyamos una vez, corazon mio,
hartos de penas, de llorar cansados,
á la verde mansion del bosque umbrío.

Dejemos á esos pueblos desolados
exhalar su gemido postrimero
en propia sangre y destruccion ahogados.

Ni sus festines ni sus glorias quiero,
ni quiero en esta soledad tranquila
á nadie mas que á tí por compañero.

Yo tuve una amistad.... pronto ¡ay! perdila;
tuve un amor.... pasó como una sombra:
todo ese mundo torpe lo aniquila.

Huyamos, corazon; sobre esta alfombra,
fértil en flores, aguas y verdura,
cuya fecunda variedad asombra;

Bajo ese cielo, cuyo sol fulgura,
partiéndose en mil rayos diferentes,
entre la amena, rústica espesura;

Donde el rumor no llega de las gentes,
donde se pierden ayes y gemidos
entre el blando susurro de las fuentes;

En estos, pues, del mundo no sabidos
lugares de sabroso apartamiento,
viviremos entrambos escondidos.

Tú no me engañarás como otros ciento;
tú me serás leal hasta la tumba;
tú sentirás mi gloria ó mi tormento.

Huyamos, corazon; el viento zumba;
otro rayo del mundo nos amaga,
otra nueva tormenta se derrumba.

Es el amor que asesinando alhaga,
es el amor que nuestra dicha enciende,
es el amor que nuestra dicha apaga.

Que nos seduce pérfido y nos vende,
vivora oculta entre lozanas flores,
traidora red que corazones prende.

Lejos ¡oh corazon! de sus clamores,
vengamos á este bosque solitario
huyendo á sus placeres seductores.

¿Necesitas amar?... Sobre ese vario
panorama de montes seculares,
cuyo pie baña un rio, tributario.

Del fiero rey de los soberbios mares,
se eleva el claro sol de la mañana
al son de mil dulcísimos cantares.

Limpios raudales el peñasco mana,
gratos aromas nos envia el viento,
vístese el cielo de carmin y grana.

Aquí un áspero roble corpulento;
allá un lánguido sauce, árbol querido
de las almas que viven sin contento;

El triste canto del pastor, perdido
en el silencio de las cumbres rotas,
como el clamor de un pecho dolorido;

Yerbas que mecen las brillantes gotas
con que el rocío engalanó su frente;
grutas silvestres para el hombre ignotas.

Ramas y hojas que suenan mansamente;
aves que cruzan la estension vacía....
todo inspira aquí amor á el alma ardiente.

¡Oh! si es amor lo que mi pecho ansia,
amemos la creacion, y á Dios en ella
que formó su hermosura y su armonía.

Que de este santo amor no queda huella
de sangre y lloro, ni perpétuo duelo,
es castísima llama, pura y bella:

Es el amor con que aman los del cielo
espíritus felices é inmortales,
que á nuestros ojos roba un denso velo.

Asi de las pasiones mundanales
esquivaremos la batalla ruda
que nos amaga ya con cien puñales.

No vendrán en tropel celos y duda
á inspirarnos deseos de venganza....
pues nuestro firme amor el cielo escuda.

Que este amor todo es fé, todo esperanza,
con él conjuraremos la tormenta
que con el trueno y con el rayo avanza....

En vano cuando brilla macilenta
con resplandor fantástico la luna,
por ese golfo azul subiendo lenta,

Aparecen al pie de la laguna
que no lejos de aquí las flores baña,
mil sílfides pasando una por una.

Que ya tocan apenas la espadaña
de la salvaje orilla, vaporosas;
que ya agitan el aire en danza extraña

Sobre bosques meciéndose de rosas,
sueltas en confusion las cabelleras
por las gargantas de alabastro hermosas.

En vano apariciones hechiceras
de las mugeres que adoré algún día
besan mi frente al resbalar ligeras.

El vasto incendio se apagó que ardía
en el fondo del alma, apasionada
del falso mundo, cuando Dios quería.

Y en vano sales tú de la enramada
entre nubes de luz, pálida y triste,
vaga sombra de Elisa idolatrada.

Aquel amor que te juré, no eciste;
déjame, déjame con mis memorias,
si alguna vez de mí piedad tuviste.

¿Vienes á recordarme aquellas glorias

que disfruté, quemándome en tus ojos,
forjándome esperanzas ilusorias?

Esa sonrisa de tus labios rojos,
el levísimo roce de tu manto,
aun dan calor y vida á los despojos

De la muerta pasión que fué mi encanto;
pero no vencerás, ruede en buen hora
por tus megillas áridas el llanto.

No vencerás, imagen tentadora,
espíritu diabólico y errante
que me sigue en la noche y en la aurora.

¡Ay! harto padecí, lloré bastante
en ese mundo vil de donde vienes;
mi pecho es duro ya como el diamante.

Esas flores que brillan en tus sienas,
ese ropage celestial, que es vaso
de aromas voluptuosos y perennes,

No me fascinan ya; que el firme paso
enderezó al retiro de mi choza,
rico de paz si de esplendor escaso.

Mi pobre corazón ya se alborozó;
¡oh! ven sin vacilar, amigo mío,
á la verde mansion del bosque umbrío,
donde quietud sin término se goza.

Ventura Ruiz Aguilera.

Señores Directores de los *Hijos de Eva*.

Muy señores míos: he leído en el número 8.º correspondiente al tomo 2.º de la *Revista universal de la administracion*, un artículo que lleva el epigrafe de—*Reflecciones acerca de la administracion de justicia.—Organizacion de los tribunales*.—y á su pie las iniciales T. G. L.

Dicho artículo se ha formado de varios párrafos entresacados de los pobres trabajos que yo di á luz en la *Gaceta de los tribunales*, y en un folleto que publiqué con el título de *Indicaciones sobre la organizacion y atribuciones que deben darse á los tribunales españoles, y sobre la eleccion, inamovilidad y responsabilidad de los encargados de la administracion de justicia*.

Como los que lean ambas producciones sin consultar las fechas, pueden creer que yo he copiado de la *Revista* la historia de nuestros tribunales, me veo en la necesidad de declarar que ha sucedido lo contrario.

Vitoria 8 de febrero de 1849.

RAMON ORTIZ DE ZARATE.

ARCO-IRIS.

El Sr. D. José Zorrilla, nuestro buen amigo, nos ha ofrecido algunas de sus poesías para los *Hijos de Eva*. Nuestros lectores comprenderán desde luego la importancia que dará á nuestro periódico la colaboracion del célebre autor del *Zapatero y el Rey*, y la *Cruz y la media Luna*.